



## De la escuela coloidal a la educación líquida

Diego Mauricio Suárez Vivas

[diegosuarezv@utp.edu.co](mailto:diegosuarezv@utp.edu.co)

*Doctorado Ciencias de la Educación, Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia*

Una metáfora afortunada como la del “tiempo líquido” de Bauman, nos ha servido entre muchas otras reflexiones para dar cuenta del espíritu de nuestra modernidad, pero, además, para dar cuenta del mundo que nos tocó, el de este siglo XXI, un mundo lioso, caótico, licuado. Pero también, para preguntarnos sobre cuál sería el tiempo de la educación actual, esta que nos tocó. Ahora, si la educación fuera líquida y si los procesos de enseñanza-aprendizaje-evaluación en tiempos de internet han de operar de manera rápida, rauda, al tiro, entonces, ¿cómo podríamos operar la educación en un tiempo líquido?

Ahora, bien nos hubiera podido tocar un tiempo menos líquido o más sólido, como aquel tiempo del medioevo en donde las circunstancias cambiaban muy despacio, o quizá muy poco, lo que podría tener -como muchas cosas de la vida-, sus ventajas y/o desventajas, una ventaja por ejemplo sería la posibilidad de tener tiempo para pensar, pero también para sentir; cuando en un tiempo líquido a lo mejor pensar es demasiado tarde y las emociones nos asaltan a destiempo. Lo cierto es que no es lo mismo educar para un tiempo sólido que para un tiempo líquido.

Así las cosas, ¿a qué van los estudiantes a la escuela? Al parecer a aprender muchas cosas, a que les contemos para qué, por qué, cómo son las cosas. Pero, ¿qué sentido tiene eso si el tiempo es líquido?, ¿si todo está cambiando a grandes velocidades?, ¿si lo que pretendemos enseñar, rápidamente se desactualiza?, ¿si todo o casi todo lo sabe el Dios Google, la Diosa Wikipedia o lo tiene a cofre abierto el pirata PDF? Bien pareciera que en un tiempo líquido como el nuestro, la clave de la educación no sería solamente que los estudiantes fueran a la escuela a que les enseñemos cosas, a que los evaluemos según las políticas de turno que nos llevan algunas veces a simular una suerte de contrato pedagógico en el que los estudiantes

se hacen los que aprenden, y los profes nos hacemos los que enseñamos, convirtiéndonos quizá algunos, en prótesis didácticas de –valga la redundancia-, los currículos matapasiones.

Más bien, la clave de la educación podría estar en parte en tratar al máximo de operar en los procesos de enseñanza-aprendizaje-evaluación, apuestas didácticas para provocar el sentipensar en los estudiantes, para afinar los sentidos, para adelantarse al tiempo con preguntas rizomáticas, para hacerle aduana a la vorágine de conocimientos e información disponibles en internet, para identificar en las espirales del espacio-tiempo las buenas y mejores oportunidades que la vida puede ofrecer y saber apearse a estas en el momento adecuado, para aprender a vivir y a disfrutar de lo simple -que no lo superfluo- en cada momento presente; para abrir opciones, por ende futuro y sentido.

Así las cosas, ¿cómo ser un profe del siglo XXI en medio del vado de la modernidad líquida, de la sociedad digital, de la desactualización y él depende exacerbados, del sin-tiempo para sentipensar, de las certezas vaporizadas; cuando paradójicamente la educación no responde a las velocidades de este tiempo desleído?

La invitación pues, es a pensarnos como profes en este tiempo que nos tocó, a pensar en apuestas educativas que lleven a la escuela a pasar de su estado coloidal a un estado líquido, pero sin caer tampoco en aquellas cascadas que lleven a disolvernarnos en lo nimio, en la vacuidad, en lo anodino. A pensar en la escuela como espacio de herejía, la escuela como isla pirata, como el último reducto para hacer la rebelión de las cosas simples, para abarloadar la emoción-razón, para recuperar el tesoro perdido de nuestra propensión natural por aprender con el otro, con lo otro.